

Deconstrucción del lenguaje neoliberal. *In memoriam* de Manfred Max-Neef

Deconstruction of Neoliberal Language
In memoriam of Manfred Max-Neef

 **Damián Pachón Soto**

Profesor Titular Universidad Industrial de Santander
Doctor en Filosofía, Universidad Santo Tomás
Profesor visitante Asociado de la Universidad de Estudios Extranjeros
de Kobe, Japón
ORCID:<http://orcid.org/0000-0001-9055-0118>
Correo electrónico: dpachons@uis.edu.co

Cómo citar este artículo en APA:

Pachón Soto, D. (2024).
Deconstrucción del
lenguaje neoliberal. In
memoriam de Manfred
Max-Neef. *Analecta
Política*, 14(26), 01-
15. doi: <http://dx.doi.org/10.18566/apolit.v14n26.a04>

Fecha de recepción:
23.01.2023

Fecha de aceptación:
21.09.2023

“En los viejos tiempos, el crecimiento económico se debía a la producción, mientras que hoy en día la riqueza se origina por medio de ficciones económicas improductivas. No más del 5 % de las transacciones comerciales en mercados del (sic) futuro se convierten en intercambios reales de mercancía. No hace falta decir que ya es tiempo de que este sistema sufra una reconceptualización radical, para colmar las demandas y exigencias de la realidad actual de nuestro mundo”

Manfred Max-Neef

Resumen

El artículo presenta el llamado Desarrollo a Escala Humana de Manfred Max-Neef, su crítica al dogmatismo económico neoliberal y su lenguaje, especialmente a parámetros como el Producto Interno Bruto y el principio del crecimiento económico; revisa, también, la postulación de la economía descalza y su redefinición de las necesidades, entre otros aspectos relacionados. Igualmente, plantea la necesidad de un desarrollo endógeno vital que permita articular lo local y lo nacional, lo particular y lo universal, facilitando construir un modelo económico más integral y respetuoso del medioambiente. A más de cuatro años de su muerte, este texto pretende ser un llamado a revisar su obra y valorar sus aportes, los cuales se inscriben dentro del pensamiento crítico y alternativo latinoamericano como una alternativa decolonial.

Palabras clave: Neoliberalismo, Desarrollo, Necesidades, Satisfactores, Decolonial, Economía descalza, Crítica.

Abstract

The article presents Manfred Max-Neef's concept of Human-Scale Development, his critique of neoliberal economic dogmatism and its language, particularly parameters like Gross Domestic Product and the principle of economic growth. It also examines the proposition of barefoot economics and its redefinition of needs, among other related aspects. Similarly, it advocates for the need for a vital endogenous development that allows the articulation of the local and the national, the particular and the universal, facilitating the construction of a more comprehensive and environmentally respectful economic model. Over four years after his death, this text aims to serve as a call to review his work and appreciate his contributions, which fall within the realm of Latin American critical and alternative thought as a decolonial alternative.

Keywords: Neoliberalism, Development, Needs, Satisfiers, Decolonial, Barefoot Economics, Critique

Introducción

En su ensayo “Economía, humanismo y neoliberalismo”, dice Manfred Max-Neef (1998), pensador chileno, Premio Nobel Alternativo de Economía, fallecido en el año 2019, que “la herejía es la única respuesta a la inconformidad profunda con un determinado catecismo” (p. 72). ¿A qué catecismo se refiere Max-Neef?, ¿cuáles son los dogmas que se deben rechazar? El catecismo dogmático contra el cual se dirige Max-Neef es la economía capitalista actual, en especial el neoliberalismo como su principal manifestación. Pero ¿cuáles son las razones que justifican la herejía contra este dogma? La respuesta es simple. A este tipo de economía le interesa el crecimiento de los indicadores sin importarles realmente el desarrollo de los países y de las personas, y, lo que es más censurable, no se preocupa por el medioambiente.

El efecto de esta economía es claro en América Latina, donde ha existido siempre una gran dependencia ideológica y tecnológica. El continente, en la segunda mitad del siglo XX, implantó todas las recetas que las instituciones financieras internacionales recomendaron, sin embargo, no logró el llamado desarrollo. La explicación de ese fracaso se debe a que los modelos sugeridos por el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) no corresponden a las realidades latinoamericanas. Son recetas abstractas que se aplican sin antes haber realizado un estudio de la factibilidad. Se cree que esas fórmulas funcionan mecánicamente y que eso es suficiente. Tales recetas no tienen en cuenta la realidad concreta de los países latinoamericanos. En este artículo, en esta remembranza, analizamos brevemente su propuesta.

En este texto inscribo el pensamiento de Max-Neef en el pensamiento decolonial, muestro la crítica puntual que el pensador chileno realizó a algunos de los principales dogmas y principios económicos del neoliberalismo, entre ellos el crecimiento económico; en la segunda parte aludo a su redefinición de las necesidades, tal vez su propuesta más original, y, finalmente, me centro en el concepto de desarrollo endógeno, apuesta en la cual el diálogo con el pensamiento decolonial es clave.

Podando o deconstruyendo el lenguaje económico

El pensamiento de Manfred Max-Neef puede inscribirse dentro del pensamiento decolonial latinoamericano. El suyo es, claramente, una de sus manifestaciones. Recordemos que las teorías decoloniales surgieron en América Latina durante los

años noventa, si bien su corpus recoge demandas del llamado pensamiento crítico latinoamericano desde el siglo XVII (Pachón, 2023). El decolonialismo se centró en el estudio de las herencias coloniales de larga duración legadas por España y Portugal, pero también, de manera más reciente, del resto de Europa (Quijano, 2000). En este sentido, la crítica del esnobismo cultural, el complejo de inferioridad, el racismo, el clasismo, la violencia epistémica, el colonialismo intelectual y la colonización misma del sentido común de la vida cotidiana adquirieron un lugar central (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007).

Desde este punto de vista, hay una herencia económica de Europa y Norteamérica donde la economía es el fin, y donde la vida misma queda sometida a los procesos económicos. Esta herencia proviene del liberalismo económico donde se hace énfasis en un presunto individuo aislado que produce e intenta maximizar sus beneficios; igualmente, donde la acumulación, el crecimiento económico, la generación de valor, la explotación de la naturaleza y la subvaloración de la comunidad, aparecen religados en una matriz conceptual que termina favoreciendo el desarrollo en el norte y la pobreza en el sur (Harvey, 2005). En esta matriz económica el subdesarrollo es producto de las relaciones desiguales histórico-estructurales entre el Norte y el Sur. Es una categoría binaria, aplicada a la periferia y a la cual se asocia la pobreza, el analfabetismo, la falta de higiene y la violencia (Escobar, 2012). Es contra estas lecturas que reacciona el pensamiento de Max-Neef, desde el siglo pasado.

Max-Neef propone luchar contra el catecismo neoliberal y contra sus dogmas. En esa lucha, en ese acto hereje, es necesario volver la mirada hacia lo propio, lo específico de la realidad y a partir de ahí construir un nuevo modelo de economía, sustentado en principios diferentes. Su pensamiento, pues, es situado, localizado, enraizado en las realidades latinoamericanas. Es un pensamiento consciente de lo que Walter Mignolo (2016) llama *locus de enunciación*.

Por eso la herejía requiere replantear ciertos conceptos tradicionales manejados en la economía. Esto es lo que busca Max-Neef con su propuesta de la Economía descalza y un Desarrollo a escala humana (en adelante, DAEH). Así las cosas, la propuesta de Max-Neef es una respuesta al fracaso de la economía neoliberal y, a la vez, una propuesta novedosa para Latinoamérica que puede aplicarse en otras partes del mundo y, en especial, en ciertos sectores subalternizados.

El principal dogma contra el que lucha Max-Neef es el del crecimiento económico. El neoliberalismo supone que si se privatiza (porque el Estado es un mal administrador), si se abren las fronteras del mercado y si se atrae inversión extranjera,

las economías de los países crecerán. Pero todo esto es falso. No necesariamente el Estado es un mal administrador; la apertura de las fronteras puede beneficiar a los más poderosos (como en el caso actual de los tratados de libre comercio y el incremento del precio de los alimentos) y la inversión extranjera puede beneficiar a ciertos sectores de la sociedad, no a todos y, menos, a los más desfavorecidos. De tal manera que muchas veces crecen ciertos sectores dentro de la sociedad a costa de otros. La mayoría se queda por fuera de esos beneficios. Ello es así porque la inversión es selectiva y la distribución de los beneficios también. Por esta razón, dicha práctica económica es excluyente. Así se crea una economía selectiva, como dice Darío Botero Uribe (2007), y se invisibilizan ciertos sectores.

Ahora, ¿quiénes conformarán esos sectores invisibles? Estos sectores están compuestos por las comunidades, los autoempleados, los trabajadores informales y los desplazados (todos sin seguridad social y otros beneficios). Estos sectores crecen cada día porque la tecnología hace que se requiera menos trabajo físico y el trabajo se informaliza más. Cada día hay menos contratos a tiempo indefinido y esto crea una desprotección para las personas. Y en un país como Colombia, el fenómeno de la violencia acrecienta el número de quienes se quedan por fuera de una protección social. De esta manera son arrojados al basurero del no-futuro.

Por otro lado, los indicadores de crecimiento de un país, por ejemplo, el Producto Interno Bruto no implica un desarrollo real de la sociedad. Los gobiernos pueden decir que se creció un X por ciento pero lo cierto es que ese porcentaje, representado en millones de dólares, no necesariamente indica que la industria del país haya crecido ni que los índices de bienestar hayan mejorado notablemente. En este caso, puede ser cierto sector (o algunos pocos sectores) monopólico el que se beneficie con parte de ese crecimiento, sin que se dé la llamada *irrigación* o filtración de los beneficios al resto de la sociedad. Entonces, lo que propone Max-Neef es reevaluar todos estos dogmas y plantear una propuesta alternativa, esto es, el DAEH.

Los principios de la economía neoliberal se dan por ciertos, se naturalizan, se piensa que son verdaderos y que necesariamente el crecimiento económico se debe dar. Max-Neef piensa, en consecuencia, que es necesario reconceptualizar o resemantizar, es decir, definir de nuevo ciertas nociones para mostrar que sí es posible un desarrollo económico diferente. Esto es lo que aquí se ha llamado la “poda del lenguaje”, que exige comprender, que es diferente a describir y explicar: el comprender es de la ciencia y del sentido de las cosas y, por lo tanto, es generador de sabiduría (Max-Neef, 1997, p. 99). Es decir, la comprensión se relaciona más con una forma de articular el saber y dar sentido al conocimiento

que tenemos, que con un acumulado de información o de explicaciones causales. Esa comprensión es necesaria para podar ese lenguaje económico cristalizado del sistema neoliberal actual. Esta vez no se trata de podar arbolitos, sino de podar ciertas nociones relacionadas con la economía. Los conceptos que Max-Neef propone podar son, entre otros, “el de necesidades, crecimiento, desarrollo, pobreza, trabajo y recursos”. Todos ellos pilares de su DAEH.

La propuesta de Max-Neef (1985) parte de la siguiente afirmación: “el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos”. Este es el postulado básico de una nueva economía y de otro desarrollo. Por eso plantea su proyecto general de DAEH cuando dice:

Tal desarrollo se concentra y se sustenta en la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, en la generación de niveles crecientes de autodependencia, y en la articulación orgánica de los seres humanos con la naturaleza y la tecnología, de los procesos globales con los comportamientos locales, de lo personal con lo social, de la planificación con la autonomía y de la sociedad civil con el Estado (Max-Neef, 1997, p. 20).

Aquí están, a mi juicio, los postulados básicos de la propuesta del pensador chileno. El grado en que se satisfagan las necesidades humanas fundamentales es el “criterio” que debe tomarse para determinar si un modelo de desarrollo es mejor que otro. Al respecto, es preciso recalcar que aquí hablamos de crecimiento y desarrollo de las personas en el nivel cualitativo, esto es, se observa si el desarrollo favorece que las personas realicen sus potencialidades creativas, participativas, intelectuales; que crezcan en el nivel afectivo, en sus relaciones con los demás, etc., y no meramente si cuentan con unos recursos para satisfacer exclusivamente sus necesidades materiales. Se busca, pues, un desarrollo integral del ser humano.

Redefiniendo las necesidades y su satisfacción

El paso siguiente es definir qué debe entenderse por necesidades humanas fundamentales. Aquí es necesario realizar una poda del lenguaje, des-domesticarnos de él, pues

un lenguaje nos domestica cuando logra empapar toda nuestra vida y nuestras formas cotidianas de expresión. El lenguaje de la economía se utiliza en la cocina,

entre amigos, en las asociaciones científicas, en los centros culturales, en el club, en el lugar de trabajo, y hasta en el dormitorio (Max-Neef, 2006, p. 142).

Pues bien, debemos des-alienarnos del lenguaje económico imperante, pues, por ejemplo, se piensa que las necesidades son históricas, es decir, que cambian con el tiempo; que las necesidades son subjetivas, o, lo que es lo mismo, que dependen del gusto de cada uno y, por último, que estas son culturales y, por lo tanto, que son diferentes en las distintas culturas. Al parecer, no habría ninguna objeción contra estas afirmaciones. Pero, según Max-Neef, sí es posible determinar unas necesidades básicas, que pueden generalizarse, universalizarse y que puedan ser consideradas como las mismas para todas las épocas y culturas: “las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables” (Max-Neef, 2006, p. 42). Es decir, se hace necesario determinar unas necesidades mínimas para los hombres, porque de lo contrario los sistemas económicos siempre tendrán excusas para no ocuparse de algunas necesidades que satisfacer. De tal forma que hablar de unas necesidades fundamentales es una cuestión de ética y de utilidad práctica.

Ahora, ¿cuáles son esas necesidades fundamentales? Max-Neef (2006) las divide en las necesidades existenciales y las axiológicas. En este escrito solo haré alusión a las axiológicas. Estas son: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. Como puede verse, hay aquí un número integral de necesidades que no solo deben asumirse como carencia, sino, ante todo, como potencialidades. Incluso en ellas se incluyen muchas que la actual noción de desarrollo (preocupado solo por cifras) no tiene en cuenta, por ejemplo, la necesidad de ocio, creación, participación y afecto. Estas son las nueve necesidades cuya satisfacción determina el valor de un modelo de desarrollo y, a la vez, cuya satisfacción adecuada determina lo que se conoce como calidad de vida. Por otro lado, es necesario distinguir entre satisfactores y necesidades. Los satisfactores son “formas de ser, tener, hacer y estar, de carácter individual y colectivo, conducente a la actualización de necesidades” (Max-Neef, 2006, p. 56). Con los satisfactores se satisfacen –valga la redundancia y la cacofonía– una o varias necesidades. Max-Neef explica, por ejemplo, que el trabajo, la vivienda y el abrigo son satisfactores (y no necesidades) de la “necesidad” de subsistencia. La educación, el entretenimiento cualificado y la investigación son factores de la necesidad de entendimiento. Pero no existe una relación unilateral y única entre un satisfactor y una necesidad. Por ejemplo, la necesidad de libertad puede satisfacerse con una reglamentación para la prensa (libertad de expresión, comunicación), una ley que regule los matrimonios religiosos (libertad de culto), una sociedad tolerante (libertad de conciencias), es decir, con varios satisfactores. La lactancia materna

es, también, un satisfactor que llena las necesidades de afecto, protección, subsistencia, entendimiento e identidad.

Cuando un satisfactor permite satisfacer varias o múltiples necesidades fundamentales se le denomina sinérgico. Pero cuando satisface solo una necesidad se le llama satisfactor institucional o singular. Un ejemplo de satisfactor singular es el voto, que intenta satisfacer la necesidad de participación en una sociedad democrática, pero limitada. A este tipo de satisfactores institucionales pertenecen todos los programas estatales dirigidos a satisfacer una necesidad específica: programas de vivienda, de educación, sanitarios, etc. Cuando el satisfactor satisface una necesidad, pero impide la realización de otra se denomina inhibidor, verbigracia, el paternalismo excesivo con los hijos estaría dirigido a satisfacer la necesidad de protección, pero resulta inhibiendo en el niño la posibilidad de autodeterminación, lo que implica la inhibición de necesidades como la libertad (de iniciativa) y la creación; ese paternalismo inhibe también la necesidad de identidad, pues impide que el niño adquiera seguridad en sí mismo y autorreconocimiento como ser positivo, capaz y emprendedor.

Existen otros tipos de satisfactores (Max-Neef, 2006) que son unilaterales, entre ellos, la televisión comercial y las modas, que satisfacerían las necesidades de ocio e identidad respectivamente, pero en el fondo, atentan contra la satisfacción de otras. La televisión comercial impide la satisfacción de la necesidad de entendimiento, pues impone modelos rígidos y acrílicos de ver el mundo; las modas atentan contra el entendimiento e, incluso, contra la misma identidad que propone satisfacer. Un satisfactor como la sobreexplotación de los recursos naturales está dirigido a satisfacer la necesidad de subsistencia, pero a largo plazo, cuando se acaben los recursos, impedirá su satisfacción, así las cosas, estos (modas, televisión comercial y sobreexplotación de recursos) son pseudosatisfactores, es decir, satisfacen a medias.

Existen también los satisfactores destructivos, que en la mayoría de los casos son impuestos, por ejemplo, el autoritarismo, llamado a satisfacer la necesidad de protección que termina impidiendo la realización de las necesidades de afecto, entendimiento, libertad, creación, participación e identidad. La mayoría de estos satisfactores están enfocados a la satisfacción de las necesidades de protección.

El DAEH le apuesta a dos tipos de satisfactores: los sinérgicos y aquellos que son creados por las mismas comunidades o los sectores invisibles, es decir, que nacen de un proceso de desarrollo de base. Estos últimos son satisfactores endógenos. Los satisfactores sinérgicos ayudan a satisfacer integralmente las necesi-

dades. El trabajo solidario, en equipo, comunitario, es un buen ejemplo, pues a través de él se satisfacen necesidades de protección, subsistencia, entendimiento, participación, afecto e identidad. Ejemplos de satisfactores sinérgicos son: la televisión cultural, la democracia participativa, la producción autogestionada y la meditación (Max-Neef, 1997, p. 48). En una empresa de economía solidaria, por ejemplo, autogestionada, con participación democrática en la dirección, etc., se desarrollan, se potencian y se materializan un conjunto de necesidades de una forma sinérgica. En una empresa tal, el trabajo en equipo, la solidaridad, el compromiso y la participación generan una identidad colectiva, comprometida y, lo mejor, con lazos afectivos entre los asociados; asimismo, se estimula la creatividad para la realización de proyectos y la solución de problemas colectivos.

Interesa recalcar, entonces, que una cosa son las necesidades y otra los satisfactores. Un satisfactor puede satisfacer varias necesidades o una necesidad puede requerir para su satisfacción de varios satisfactores. El satisfactor es el que cambia en cada cultura, es el elemento variable; por el contrario, las necesidades aquí consideradas fundamentales siempre son las mismas. Esa relación entre las necesidades axiológicas (también las existenciales de ser, hacer, tener y estar) y los satisfactores se convierte en un parámetro para diagnosticar, planificar y evaluar a las comunidades y su forma como conciben el desarrollo. Cualquier sociedad y comunidad no satisfará las necesidades de una forma óptima si las considera aisladamente y sin interdependencia. Una comunidad que no tenga una infraestructura adecuada para la educación está limitando a la vez la satisfacción de necesidades como la libertad y la creación, obstruye el proceso dialéctico de la formación identitaria y puede desestimular la participación. Si se evaluara tal comunidad, la política educativa aparecería como deficiente, insuficiente, unilateral. De ahí se colige que debe planificarse de otra forma, de tal manera que satisfaga integralmente otras necesidades del estudiante.

Las necesidades no deben verse aisladas unas de otras. Son un sistema, interdependiente, interactivo, interrelacionado. Son una matriz (Ma-Neef, 2006, pp. 58-59). Si un niño carece de afecto (una de las nueve necesidades fundamentales propuestas por Max-Neef) se afectarán otras necesidades como la libertad y la creación; la falta de afecto puede originar miedo e indiferencia hacia la participación en procesos, lo cual se deriva de la falta de confianza en sí mismo, es decir, de carencias en la necesidad de identidad. Esto es, la falta de afecto puede obstaculizar la satisfacción de, por lo menos, cuatro necesidades más. Lo que aquí se indica es que la no satisfacción de una necesidad origina una reacción en cadena donde se afectan las demás, produciéndose así patologías, que pueden ser individuales o colectivas. Aquí es necesario decir que Max-Neef ha revaluado y podido

el concepto de pobreza tradicional. Él no habla de pobreza, sino de pobreza. En el mundo capitalista la pobreza se determina por un determinado nivel de ingreso de las personas; en el DAEH la pobreza se origina cuando el hombre no ha satisfecho una o varias de esas nueve necesidades fundamentales. En el caso estudiado, vimos cómo la no satisfacción de la necesidad de afecto es una pobreza que genera la insatisfacción de muchas otras necesidades. Es decir, genera una patología.

Un ejemplo fundamental para entender el problema de las pobreza y las patologías (colectivas e individuales) es la pérdida del satisfactor empleo. Cuando alguien pierde el empleo deja de satisfacer sus necesidades fundamentales de subsistencia y protección. Luego, al no poder emplearse de nuevo, la persona empieza a desesperarse; tal vez empiece a tener problemas afectivos en su casa, disminuye su autoestima, es decir, se afecta su identidad, su confianza en sí mismo y pierde la posibilidad de tener una vida participativa dentro de la familia o en ciertos sectores sociales. Es decir, aquí se han producido muchas pobreza que han generado una patología individual. La patología colectiva, en este mismo caso, sería una sociedad donde haya alto niveles de desempleo.

Por otro lado, si la economía puede tener efectos sobre todos los aspectos humanos, es necesario, entonces, que los problemas humanos se asuman desde varias disciplinas, donde estas confluyan de forma integral para estudiar los problemas del hombre. El caso de las pobreza origina varias patologías que requieren el concurso de la psicología, el trabajo social, la demografía y la economía, y sus efectos deben estudiarse desde la antropología, la sociología, la psicología, la demografía y la medicina. Esto es lo que se llama transdisciplinariedad (Max-Neef, 1985, p. 235). Las necesidades mencionadas no son todas las necesidades, son las fundamentales, que toda comunidad humana debe tener satisfechas. Cada cultura puede utilizar diferentes satisfactores para satisfacer una necesidad. En la ciudad se utiliza la internet para ayudar a satisfacer la necesidad de entendimiento, en el campo no. En países desarrollados ya se utilizan otros medios técnicos. Lo interesante es que una satisfacción adecuada de las necesidades debe hacerse en términos de dignidad humana. Donde las necesidades no solo sean algo que haya que satisfacer, sino, además, que estas necesidades potencien y permitan la realización y materialización del talento de los individuos, permitan la ejecución de sus sueños, deseos y utopías. Solo así es posible acabar con esa noción misera-bilista y asistencial del sistema sobre los individuos.

Hacia un desarrollo endógeno y vital

Hay en Manfred Max-Neef un pensamiento económico decolonial que no solo critica los dogmas impuestos por la economía nordocéntrica, sino que, creativamente, los cuestiona y propone alternativas sugerentes a la misma, tal como se vio antes. Parte de sus apuestas nos lleva a una reconceptualización de nociones económicas como necesidades, crecimiento, desarrollo, pobreza, satisfactores y, como veremos en seguida, del desarrollo endógeno en articulación con el Estado y de categorías como recurso y trabajo.

Dentro del ejercicio de la poda del lenguaje del desarrollo que hace Max-Neef se encuentra la reconceptualización de la noción de trabajo y recurso. El trabajo no debe verse como un empleo, es decir, una prestación personal de un servicio, subordinado a cambio de un salario. El trabajo es mucho más que eso; es un generador de ingresos, se relaciona con la calidad de vida, es decir, como satisfactor de necesidades, y, por último, canaliza las energías sociales (Max-Neef, 1997). El trabajo es una actividad sinérgica. Esto quiere decir que lo logrado con el trabajo de todos, donde las personas tienen un fin colectivo, un vínculo identitario entre ellos, un lazo de afecto, es más productivo y rico que lo que se logra con un trabajo donde se labora simplemente a cambio de una contraprestación o un salario.

Normalmente el trabajo y el capital son factores de producción. Pero el trabajo es mucho más que un factor de producción, pues “propicia creatividad, moviliza energías sociales, preserva la identidad de la comunidad, despliega solidaridad, y utiliza la experiencia organizacional y el saber popular para satisfacer las necesidades individuales y colectivas. El trabajo tiene, pues, una dimensión cualitativa” (Max-Neef, 1997, p. 84).

Considero que esta noción integral de trabajo no puede pasarse por alto, pues en ella se tienen en cuenta elementos de suma importancia que son dejados de lado en la noción de empleo en el sistema capitalista actual. Este concepto muestra la riqueza de la experiencia comunitaria, de los sectores invisibles y de la forma como el trabajo puede contribuir al logro de un proyecto productivo común. En la comunidad, a diferencia de la sociedad –decía Tönnies (2011)– rigen otro tipo de valores. No es la competencia ni el egoísmo lo que impera, tampoco el individuo es visto como instrumento o medio, sino que, por el contrario, la comunidad está alejada de los intereses egoístas y el fin es la comunidad misma. De tal manera que una visión del trabajo donde este sea enmarcado en los valores de la comunidad, es la adecuada para el logro de proyectos comunes de desarrollo.

Por otro lado, es necesario hablar de recursos convencionales y de recursos no-convencionales. Los recursos convencionales se gastan en la medida que se utilizan, son instrumentales, por ejemplo, un capital que se invierte y se explota; por el contrario, los recursos no-convencionales potencian el desenvolvimiento de otros recursos, capacidades; liberan otras sinergias sociales. El trabajo entendido de una forma integral (como ya se anotó) genera más recursos. Recursos convencionales son el empleo, el capital, el dinero; recursos no convencionales son la solidaridad, la conciencia social, la cultura organizativa y capacidad de gestión, la creatividad popular, la capacidad de ayuda mutua, la calificación y entrenamiento ofrecido por instituciones de apoyo, la capacidad de dedicación, etc. Como puede verse, estos recursos implican el compromiso con una causa, el respaldo, el aval colectivo y el deseo de lograr materializar los fines planteados. Son los recursos no-convencionales los que fortalecen una comunidad; logran encausar sus energías hacia propósitos comunes y generan una dinámica social más rica. Esto no quiere decir que se pueda prescindir de los recursos convencionales. No. Simplemente debe haber un complemento entre ambas clases de recursos.

¿Quiénes llevan a cabo, quienes materializan el modelo de desarrollo aquí propuesto? Los sujetos de transformación social aludidos son los sectores invisibles. Es decir, comunidades, sectores populares organizados, madres comunitarias, grupos de campesinos, trabajadores informales, desplazados, marginados; todo aquel que ha quedado por fuera del sistema capitalista imperante. Es lo que Gramsci llamaría los “Grupos sociales subalternos” (Max-Neef, 2017, p. 265), aquellos que mediante su articulación pueden, tal vez, alcanzar una nueva hegemonía (Pachón, 2021). Max-Neef sostiene que no se trata de endiosar a los marginados, sino de mostrar su potencial creador y productivo. NO es que los “invisibles” sean el motor de la historia, sino que son ejemplo de un posible cambio estructural de la sociedad, cambio que requiere redes cooperativas horizontales entre diversos sectores.

Esos sectores deben formar microorganizaciones que se deben caracterizar por su heterogeneidad, pluralidad y diversidad. Las microorganizaciones deben crear proyectos comunes, sólidos, sostenidos por el compromiso y por la identidad con el fin buscado. Esto garantiza su cohesión y su fortaleza. En un mundo de la diferencia y la diversidad deben existir múltiples microorganizaciones entrelazadas y unidas; con interdependencia horizontal. Solo así puede surgir un proyecto productivo social alternativo desde abajo hacia arriba. Es decir, lo que aquí se ha llamado un desarrollo endógeno.

Estas microorganizaciones no son guetos cerrados, sino que están articuladas dentro del Estado. Por eso el Estado debe estimular a la sociedad civil y a los sectores sociales y permitir que estas manifestaciones productivas se organicen y emprendan sus proyectos productivos propios. Sin embargo, el Estado no debe apabullar la autonomía de las microorganizaciones, debe evitar la cooptación y la manipulación política y administrativa; debe ser, más bien, un facilitador de los procesos. El Estado debe promover políticas bancarias crediticias para estos sectores. Lo que Max-Neef llama la “banca descalza”. Una banca que vaya a la sociedad y no al revés; una banca que no exija garantías reales (bienes inmuebles, tierras) a las organizaciones y que dé facilidades especiales de pago. Esa banca debe hacer seguimientos de los procesos productivos y prestar prioritariamente a grupos organizados, con conciencia social, un proyecto productivo común bien planificado, etc., así se evitan despilfarros de dinero y fracasos en los proyectos.

Las microorganizaciones deben estar relacionadas con lo macro, con el sistema en general. No se trata de aislamiento. Lo que sí se busca es que haya un crecimiento progresivo de la autodependencia, es decir, que cada día tales organizaciones sean más autónomas y puedan subsistir por sí mismas. Solo con microorganizaciones que conquisten la autodependencia, el nuevo modelo económico, el DAEH, puede tornarse hegemónico y dominante y convertirse en una alternativa viable de transformación social. Esa autodependencia no es absoluta, pues las microorganizaciones están conectadas con espacios más grandes. La interdependencia y la articulación debe ser a nivel local, nacional y regional: “solo la creciente autodependencia en los diversos espacios y ámbitos puede enraizar dicho desarrollo en el continente latinoamericano” (Max-Neef, 1997, p. 116).

Dentro de las microorganizaciones, o comunidades de vida, debe haber un equilibrio ético entre individuo y sociedad, participación democrática en la toma de decisiones, equilibrio entre la autonomía y la planificación para que la rigidez de esta última no asfixie la libertad necesaria para sortear problemas imprevistos o cambios necesarios. Asimismo, la relación entre lo micro y lo macro debe ser dialéctica y complementaria. Sin que lo macro se imponga verticalmente sobre lo micro y sin que lo micro determine unilateralmente lo macro.

Las micro-organizaciones deben generar conocimientos propios, utilizar el conocimiento tradicional y cultural y las experiencias acumuladas, tal como pensaba Fals Borda (2010). Todo esto contribuye a diluir la dependencia tecnológica y genera prácticas dinámicas y propias enriquecedoras. Un objeto fundamental de las microorganizaciones y del DAEH es la búsqueda de un equilibrio ambiental, un ecohumanismo o un humanismo ecológico, como lo denomina Max-Neef.

Al respecto, dice: “mi filosofía es ecológica en el sentido de que se basa en la convicción de que los seres humanos, para realizarse, deben mantener relación de interdependencia y no de competencia con la naturaleza y el resto de la humanidad” (Max-Neef, 1985, p. 64). De esta manera se supera ese ecocidio producido por el capitalismo salvaje.

A modo de conclusión

El pensamiento de Manfred Max-Neef es un pensamiento crítico y alternativo desde América Latina. Se inscribe en la línea del pensamiento decolonial, junto a autores como Orlando Fals Borda y Darío Botero Uribe, y, en parte, de posturas actuales ecofeministas y agrofeministas; se acerca a posturas como el buen vivir, vivir bien, la ontología política, etc. Es un pensamiento, podemos decir, descolonizador (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007) que invita a transitar por rutas no navegadas para así superar la crisis actual de la civilización materializada o ruina del mundo en la actual debacle económica, ambiental, energética, alimentaria, axiológica y demográfica (Quintana y Pachón, 2023).

En su propuesta, el crecimiento económico es cuestionado, pues este, medido como PIB, por ejemplo, no es universalizable ni llega a todos los sectores de la sociedad; se critica el puesto central dado a la economía en la vida social, se redefinen las necesidades y las maneras como estas se satisfacen, poniendo de presente que las mismas no se pueden reducir a parámetros economicistas, sino donde se tienen en cuenta aspectos como el afecto, el ocio y la identidad, lo cual apunta a construir una mirada más integral del ser humano. También se replantean las relaciones entre el Estado y las comunidades, buscando potenciar estas, generando más capacidades y modos comunitarios de articulación. Aquí el individuo se convierte en un *homo synergicus* agenciador de nuevas posibilidades colectivas. Esta lectura es clave en los actuales debates sobre el universalismo y el particularismo, y se presenta como una alternativa, pues no se puede caer en el idetarismo ni tampoco en un universalismo abstracto, sino que deben existir mediaciones organizativas, económicas y políticas.

El suyo fue un pensamiento comprometido donde teoría y vida, vida y acción estuvieron plenamente ligadas. Por eso es justo recordar estas palabras suyas: “cabe la esperanza de una navegación hacia aquella ribera que nos convierta en seres completos, capaces de comprender la completitud de la vida” (Max-Neef, 2007, p. 95). Ese fue su llamado, esa es la tarea que nos deja.

Referencias

- Botero, D. (2007). *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*. Magisterio.
- Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (Eds.). (2007). *El giro decolonial*. Siglo del Hombre, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Central.
- Escobar, A. (2012). *Una minga para el posdesarrollo: lugar, medioambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Desde Abajo.
- Fals, O. (2010). *Antología*. Universidad Nacional de Colombia.
- Gramsci, A. (2017). *Antología*. Rendueles, Alianza Editorial.
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford University Press.
- Max-Neef, M. (1985). *La economía descalza*. Cepaur y Nordan.
- Max-Neef, M. (1998). Economía, humanismo y neoliberalismo. En O. Fals (Ed.), *Participación popular: retos del futuro* (pp. 69-86). Icfes, Iepri, Colciencias.
- Max-Neef, M. (1997). *Desarrollo a escala humana*. CEPAAUR .
- Max-Neef, M. (2006). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Icaria, Antrazyt.
- Max-Neef, M. (2007). Del saber al comprender: navegaciones y regresos. *Revista Planeta Sur*, (3), 86-95.
- Mignolo, W. (2016). *Hacer, pensar, vivir la decolonialidad*. Ediciones Navarra.
- Pachón, D. (2021). *Antonio Gramsci y el trabajo social. Elementos para un diálogo pendiente*. Universidad Industrial de Santander.
- Pachón, D. (2023). *Superar el complejo de hijo de puta*. Desde Abajo.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201-246). CLACSO.
- Quintana, L. y Pachón, D. (2023). *Espacios afectivos. Instituciones, conflicto, emancipación*. Herder.
- Tönnies, F. (2011). *Comunidad y asociación. El comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Biblioteca Nueva/Minerva.